



Cuentos del Guayvío

Mauricio Peralta Mejía • Tatiana Alejandra Moreno Ángel

MD UNIMINUTO
Corporación Universitaria Minuto de Dios
Educación de calidad al alcance de todos



Presidente del Consejo de Fundadores

P. Diego Jaramillo Cuartas, cjm

Rector General Corporación Universitaria Minuto de Dios - UNIMINUTO

P. Harold Castilla Devoz, cjm

Vicerrectora General Académica

Stephanie Lavaux

Rector Parque Científico de Innovación Social

Juan Fernando Pacheco Duarte

Director de Investigaciones - PCIS

Tomás Durán Becerra

Subirectora Centro Editorial UNIMINUTO

Rocío del Pilar Montoya

Profesional de Publicaciones - PCIS

Christian Enrique Vergara Correa

Autores

Mauricio Peralta Mejía
Tatiana Alejandra Moreno Ángel

Corrección de estilo

Carlos Manuel Varón

Diseño y diagramación

Sandra Milena Rodríguez Ríos

Ilustraciones

Juan Carlos Buitrago Sanabria

ISBN impreso: 978-958-763-528-7

ISBN digital: 978-958-763-529-4

Primera edición: 2022

Peralta Mejía, Mauricio

Cuentos del Guavio / Mauricio Peralta Mejía, Tatiana Alejandra Moreno Ángel. Bogotá: Corporación Universitaria Minuto de Dios - UNIMINUTO, 2022.

ISBN: 978-958-763-528-7

85p.: il.

1.Cuentos Colombianos -- Guavio (Cundinamarca, Colombia) 2.Campesinos -- Cuentos -- Guavio (Cundinamarca, Colombia) 3.Quinoa -- Cuentos -- Guavio (Cundinamarca, Colombia) 4.Cultivos -- Cuentos -- Guavio (Cundinamarca, Colombia) 5.Apicultura -- Cuentos -- Guavio (Cundinamarca, Colombia) 6.Desarrollo rural -- Cuentos -- Guavio (Cundinamarca, Colombia) i.Moreno Ángel, Tatiana Alejandra.

CDD: Co863.7 P37c BRGH Registro Catálogo UNIMINUTO No. 104025
Archivo descargable en MARC a través del link: <https://tinyurl.com/bib104025>

© **Corporación Universitaria Minuto de Dios - UNIMINUTO**

Calle 81 B # 72 B - 70

Bogotá D.C. - Colombia

2022

© Corporación Universitaria Minuto de Dios - UNIMINUTO. Todos los documentos publicados en ENGIU 2021 – Encuentro Nacional de Grupos de Investigación de UNIMINUTO fueron seleccionados de acuerdo con los criterios de calidad editorial establecidos en la Institución. El libro está protegido por el Registro de propiedad intelectual. Se autoriza su reproducción total o parcial en cualquier medio, incluido electrónico, con la condición de ser citada clara y completamente la fuente, siempre y cuando las copias no sean usadas para fines comerciales, tal como se precisa en la Licencia Creative Commons Atribución – No comercial – Sin Derivar que acoge UNIMINUTO.

Contenido

07 Presentación

11 El Guavio

37 La quinua

53 La miel

69 Ruta agroecológica



Presentación

Cuentos del Guavio visibiliza y potencializa prácticas y ejercicios realizados por y en las comunidades campesinas, a partir de los cuales se despierta la inquietud por lo que significa ser campesino; lo que se entiende por territorio; y cómo contribuye esto al posicionamiento de los productos de estos grupos en el mercado. Estas inquietudes por el ser y por lo que se hace, sin lugar a duda, llevan a reconocer lo propio como un elemento fundamental para promover el crecimiento del campo desde una perspectiva social, económica, sostenible y equilibrada, que redunde de manera directa en la materialización de acciones de desarrollo del país.



Asimismo, las estrategias presentadas en esta obra, y realizadas desde el campo, responden a los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) socializados por la Organización de Naciones Unidas (ONU), con los cuales se motiva la puesta en marcha de acciones cooperativas que coadyuven a impulsar la economía, crear empleos, mejorar la seguridad alimentaria y promover el desarrollo del campo, el consumo responsable y el desarrollo sostenible, entre otros. Por lo anterior, Cuentos del Guavio es una publicación que se comprende como un ejercicio de humanización del campo en la medida en que reconoce a sus principales actores —los campesinos— como seres políticamente necesarios e importantes para el desarrollo de los territorios, las comunidades y el país, al tiempo que potencializa las capacidades de los sujetos y el reconocimiento de prácticas que aportan al desarrollo de otros territorios.

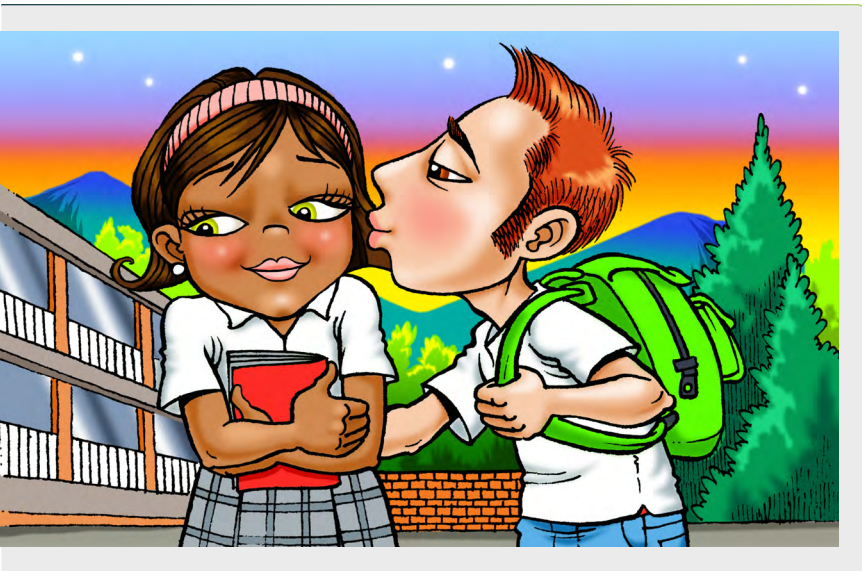
A través de los tres cuentos presentados en el libro, sus autores motivan la reflexión sobre el poder transformador del sujeto que se reconoce en diálogo con el territorio y los recursos que este ofrece. El primer cuento recuerda a los lectores cómo los ejercicios de memoria posibilitan compartir, transmitir y construir territorio lo que evoca la necesaria apropiación e identificación de las capacidades que promueven el desarrollo. El segundo cuento, a su turno, presenta, desde la personificación de la quinua, su origen y uso; ayuda con ello a entender el proceso que implica la elaboración de los productos que tienen como génesis esta semilla. Por último, el tercer cuento permite reconocer las bondades de la miel, la relevancia de las abejas en su producción y cómo se constituye en fuente para la generación de productos que promueven el desarrollo económico, sin descuidar el valor ambiental del recurso.

Más que una compilación de cuentos, la presente obra es una experiencia que impulsa a las comunidades rurales a realizar procesos de reconocimiento que deriven en apuestas transformadoras para los sujetos, las comunidades y los territorios; es una invitación a

seguir aportando soluciones que ayuden a reducir las preocupaciones generadas por diversas crisis sociales, ambientales, políticas y económicas que se pueden mitigar con trabajos desde una perspectiva colaborativa, como se reconoce en cada uno de los cuentos.



El Guavio



¡Ring! ¡Ring! Justo tenía que sonar la campana para entrar... Esteban pensaba en besarme la mejilla; pero ahora que ha sonado el timbre de entrada, dudo

mucho que vuelva a animarse a hacerlo. Además, hoy han llegado más personas de lo normal. Justo antes de que se le diera por hablarme sobre mis mejillas y mirarme fijamente, le decía a Esteban que había visto llegar desde ayer en la tarde a un grupo de personas que, se nota, no eran de acá cerca; y ahora que me fijo, creo que muchos de ellos andan aquí.

—No hagas caso —me dijo Esteban—. De seguro harán alguna actividad de integración, como siempre, y se irán a más tardar mañana.

De seguro no era nada y Esteban tenía razón, pero a mí me pareció que traían demasiadas maletas como para quedarse en Gachetá solo por una convivencia. Para mí, era algo más.



—Claro, tienes razón, mejor ni me afano. Más bien corre, que ya vamos algo tarde —le respondí.

Yo nunca he sido de presentimientos raros, ni de calcular con la mirada cuando alguien miente o dice la verdad. De hecho, soy tan poco sensible que ni siquiera cuando se torna el día gris y frío me animo a adivinar si lloverá o no. Siempre, siempre fallo. Sin embargo, ese día no. Algo iba a pasar, lo sentía. Lo bueno era que al menos no parecía un presentimiento negativo o desagradable. Yo sentía que sería una buena noticia. No conocía ni a un solo personaje de los que estaba por ahí, arreglando cables y llevando cajas, pero estaba segura de que sería positivo, por lo menos para mí. Presentimientos de una joven o no, pero no le hacía daño a nadie si solamente lo pensaba y me lo guardaba. Estaba feliz; supongo que era suficiente con eso.

—Niños, niños —dijo mi maestra de Sociales—; acomóndense en dos filas por cada curso. Tenemos noticias importantes, así que estén muy atentos y callados.

—Bueno, necesito que todos estén reunidos en el salón múltiple —dijo el director—; han venido desde muy lejos a ayudarnos en unas cositas.

—1, 2, 1, 2, 1, 2... mi curso ya está listo y era el último que faltaba. Empiece usted, director —dijo mi maestra de sociales.

—Niños, hoy ha venido un grupo grande de personas para ayudarnos con varios temas —dijo el director—. Hemos estado hablando desde hace algún tiempo y por fin hemos encontrado la oportunidad perfecta para que trabajen con ustedes sobre el futuro del municipio.



Cuando empezó a hablar el hombre que parecía ser el mayor, todos hicieron silencio para escucharlo bien. Empezó preguntándonos sobre lo que queríamos hacer cuando saliéramos del colegio. Escogía al azar entre los estudiantes de las filas que tenía en frente y cada uno de ellos le sorprendía: unos querían ir para Bogotá a estudiar alguna cosa; otros deseaban ir al mismo lugar, pero a trabajar y ganar dinero para enviarle gran parte de él a sus familias, que se quedarían acá; y otros querían ir a otras ciudades porque tenían familiares allí, y empresas en las que podían involucrarse y ganar dinero. Muy pocos —de hecho, solo dos— le dijeron que se quedarían a ayudar a sus familias con cuestiones de cultivos y negocios que tuvieran aquí en el pueblo.

—Entiendo, perfecto —dijo el hombre de las preguntas.

—Justo lo que imaginé: ustedes están muy seguros de que quieren irse lejos y no los juzgo. Si es lo que desean, no hay mayor problema. Al fin de cuentas, lo importante es que sean felices... —dijo con un tono comprensivo y amigable.

—Pero... —dijo Esteban, con una voz de inquietud abismal.

—Qué bueno que le digas —respondió el hombre de la tarima—; esperaba que no me hicieran hablar de ello y me tocara por otros medios llegar al tema. Bueno... resulta que todo lo que ustedes dicen está muy bien, pero no debería ser la única opción que contemplen. Ustedes, queridos jóvenes casi adultos, deberían entender que no necesitamos más empleados mal pagos, personas que hagan lo que los demás no



desean hacer; no necesitamos que ustedes viajen hasta las grandes ciudades solo para ganar un salario mínimo.

—Bueno —siguió el hombre de la tarima—, de seguro que no esperaban que les dijera eso, ¿verdad? Resulta, jóvenes, que no deberían irse tan lejos para ganar tan poco. Escasamente podrán vivir con lo que ganan, y muy rara vez podrán enviar algo más a sus familias.

No estoy segura, quizá solo fue mi impresión, pero todos hicieron silencio porque les pareció una verdad incómoda frente a algo que ya daban por hecho: su futuro.

—¿No han considerado la opción de quedarse?
—preguntó el hombre.



—Pero ¿a qué? Aquí no hay mucho por hacer; en ciudades grandes podemos conseguir algo de dinero...
—mencionó Valeria.



—No, chicos; no digan eso. Aquí hay mucho por hacer. ¿Sabían que una fuerte problemática es que nuestros cultivos no tienen relevo generacional? Mientras muchos desean ir a grandes ciudades a ganar poco dinero y estar muy incómodos, aquí podrían estar trabajando en algo que les guste, contribuir a la producción del municipio y, por supuesto, ayudar a la comunidad.

Juan, un hombre joven que los acompañaba, dijo que era mejor continuar con el taller; y que a partir del trabajo que realizaríamos, nos daríamos cuenta de lo que en realidad necesitaba el municipio y lo que podríamos llegar a hacer tanto por nosotros, como por él. La primera estrategia era pensar en las problemáticas existentes que fueran cercanas a nosotros. Para los que no sabían qué escribir o decir, Juan les aconsejaba empezar a preguntarse con qué no se sentían

cómodos, qué les faltaba o que veían a su alrededor que necesitara un cambio y desde allí se podría partir para conseguir una buena idea.

Jair comentaba muchas ideas en cuanto a lo ambiental. Decía que había mucha contaminación en las calles, a pesar de las buenas intenciones de los habitantes por mantener el lugar bonito y limpio. Martín hablaba de estrategias pedagógicas y otros de mis compañeros involucraban temas muy variados: tecnología, cultivos, problemas de seguridad y sociales, aspectos de convivencia y problemáticas en cuanto a los animales, la comida y el empleo. Juan no parecía molesto con el conjunto de opciones que habíamos formulado. De hecho, ocurría todo lo contrario: estaba emocionado de escuchar tantas ideas. Aunque éramos conscientes de que no todas nos servían, estábamos avanzando en algo.



—No hay malas ideas —dijo Juan en tono comprensivo.

No parecía enojado nunca. Organizaba en una especie de plano o esquema mental las ideas en grupos: ambientales en un lado, tecnológicas en otro... Todos empezaron a animarse y cuanto más veían que sus ideas pasaban a formar parte de algo grande (aunque, por el momento, solo fueran garabatos), más intentaban aportar. La primera reunión del grupo estaba enfocada solo en pensar en problemáticas que posiblemente sirvieran como punto de partida para proyectos de innovación y solución.

En el segundo encuentro se reunieron estudiantes y productores en un seminario de cultivo sostenible. Se hizo un laboratorio de soluciones verdes donde se crearon treinta grupos con estudiantes de universidades y

colegios, y productores; allí se discutían problemáticas y posibles soluciones, tales como *apps*, aplicativos, diseños de estrategias comunicativas y de acción, etc. Se crearon espacios de diseño participativo; todo un conjunto de estrategias que cada día nos parecían más llamativas e interesantes. Sin embargo, aún no sabíamos en qué trabajar, qué solución dar al conjunto que ya llevaba dos hojas de problemáticas.

Al salir del colegio, intentaba llevar a casa la lista de problemáticas que Juan nos había hecho copiar a todos en papel largo, como para hacer planos. Teníamos todo el fin de semana para entender el propósito de las actividades que habían hecho hasta ahora y, por supuesto, podíamos guiarnos con las charlas que ya habían empezado a darnos: eran fuente de inspiración e iniciativa a nuestro trabajo. Iba yo pensando en cómo



rendiría mi tiempo el fin de semana para entregar todo lo que necesitaba, cuando me fijé que Esteban me esperaba en la salida.



—¿A dónde vas? —me preguntó.

—A ningún lado —le contesté—. Bueno, claro que voy a algún lado... pero al que tú ya conoces, a mi casa. Acaba de sonar la campana; ¿a dónde más crees que podría ir?

—No lo sé —respondió—. Esperaba que dijeras que no tenías nada que hacer; quería invitarte a un helado. ¿Qué dices?

Acepté de inmediato. Ahora podríamos terminar el beso pausado de la otra vez.

—Claro —le dije, entusiasmada—. De paso podríamos revisar tus propuestas y las mías; quizás se nos ocurra algo entre los dos para la clase del lunes. Déjame avisarle a mi mamá que llegaré en la tarde.



—Una malteada, por favor; y para ella, un helado de vainilla y chocolate —le dijo Esteban al mesero que nos tomaba el pedido.

—¿Vainilla y chocolate? —le pregunté.

—Son tus sabores favoritos, lo he investigado muy bien. Me interesa saber lo que te gusta y lo que te hace feliz. Sobre todo eso: saber qué tan feliz te puedo hacer —me dijo con cierta ternura.

—Por lo menos una sonrisa sí me sacas, eso te puede quedar muy claro. Yo pienso que, si tú y yo trabajamos en equipo, tendríamos el proyecto terminado. Sería muy entretenido empezar a descartar las ideas de los planos, ¿no crees? —le dije con intención de cambiar el tema, para que no pareciera demasiado emocionada.

—Claro, Carla. Yo siempre les he dicho a todos que eres muy entregada con tus cosas y ahora me queda clarísimo. Yo siento que eres una persona muy inteligente y podrás descartar las opciones sola, ¿no es verdad? —me preguntó, con cierto miedo al rechazo.

—No quiero hacerlo sola —le dije, preocupada—. La verdad es que, en lugar de descartar y escoger, solo se me siguen ocurriendo más y más.

—Bueno, entonces de seguro que es un trabajo para los dos; yo no sé muy bien cómo hacer esto, pero me agrada que estés a mi lado, por lo menos mientras discutimos sobre las problemáticas y comemos helado. Digamos, Carla, que mi intención está más relacionada con tu tranquilidad y tu entusiasmo frente al tema



que con lo que de verdad deseo porque, para serte sincero, el tema no me convence mucho —me dijo con una sinceridad que me pareció molesta y presumida.

Yo entendía que no fuera de su agrado: rara vez lo había visto emocionarse con algo. Pero yo no le estaba pidiendo algo que no tuviese que hacer; él debía presentar también la tarea y, aunque no pudiese ser atento frente a mis opiniones, debía estar comprometido consigo mismo. Le dije lo que estoy resumiendo aquí y vaya que se enojó... Lo sorprendente del caso fue que no duró mucho; cinco minutos después, empezó a sonreír y comportarse como siempre.

—¿Qué te pasa? —le dije con preocupación.

—Nada extraño, Carla —respondió—, solo que entendí que realmente te emociona hacer esto. Si te emociona

de esa manera, entonces de seguro también me pasará a mí. Lo que deseo es que seas mi compañera y me dejes ayudarte hasta que ame este proyecto tanto como tú.

Después de varias horas de trabajo, por fin habíamos decidido que una problemática importante era la pérdida de memoria. Niños, adultos y ancianos estaban perdiendo los recuerdos de los inicios del municipio. Nadie sabía cómo se habían creado los pueblos, las iglesias y las casas, quiénes habían sido las primeras familias, y mucho menos recordaban en qué habíamos cambiado; y bueno, si no lo sabían, tampoco podían tener idea de cómo podíamos cambiar, o de qué habíamos formado parte para lograr transformarnos.



—¿Sabes a quién podemos acudir? —dijo Esteban, con algo de timidez.

—A Bochica... —terminó por decir.

¿A quién? ¿Realmente me estaba hablando del dios muisca? ¿Realmente creía en esas cosas?

—Somos los siguientes, Carla. ¿Trajiste la presentación de la propuesta? —me preguntó, con un nerviosismo que parecía ajeno a él—. Nunca lo había visto así.

—Carla, es tu turno —dijo Juan, con voz fuerte.

—Bueno, debo empezar por decirles a todos que no fue fácil elegir esta idea. Teníamos muchas propuestas y deseábamos planear muchas soluciones, pero al pensar cómo transformar, nada nos emocionó tanto como esto. Yo se la comenté a Esteban y pensó lo mismo, y ya eso es decir mucho —se escucharon risas mientras lo dije con cierta picardía—. —Resulta, queridos compañeros, que somos pésimos, pésimos,



pésimos ciudadanos. Nosotros no tenemos ni la menor idea de las fechas importantes del lugar donde vivimos. Nuestro municipio ha perdido muchas tradiciones, palabras y personas, y nosotros ni cuenta nos damos. Resulta que no somos conscientes de que tenemos memoria, y entonces no la usamos. Hay pérdida de pertenencia en cuanto a lo que somos.

—Y la solución que planteamos —continué— está relacionada con algo que nos gusta mucho: las fotografías. La idea que nos surgió fue hacer un museo en la plaza principal, al frente de la iglesia; allí podríamos dejar una exhibición de recuerdos del pueblo.

—Claro, saberes ancestrales —dijo Juan entre risas.

Cuando Esteban terminó de hablar, todos empezaban a entusiasmarse con la idea de ayudar. Por supuesto,

no era una tarea sencilla porque entre él y yo no llegábamos a las 10 fotos. ¿Cómo haríamos para conseguir las suficientes como llamar a nuestro trabajo un proyecto? Bueno, era obvio que todos debían ayudar con esto; no era difícil que les preguntaran a sus padres o abuelos si tenían fotografías o historias del inicio del pueblo, y así esas imágenes y anécdotas vendrían a nosotros para resguardarse. Juan nos dijo que seríamos una especie de cofre durante el proyecto, y que cada uno de los estudiantes estaría llevando a nosotros un pedacito de luz de tesoro para guardar. Al final de la clase no podía sentirme más ilusionada, tranquila y convencida de que era en el municipio donde debía estar, y por ello mismo trabajaría en pro de su bienestar; además, la idea de pasar unas cuantas horas al día con Esteban no me parecía molesta.



—¡Ring, ring! —sonó la campana de nuevo.

—Nos vemos esta tarde, Carla —me dijo Esteban.

¿Esta tarde? Tenía más de un pendiente, y no solo del colegio. Aunque, por supuesto, esto último era lo que más acumulaba cosas dentro de mi lista de deberes por hacer, estaba tan concentrada en el proyecto y las visitas de las personas que venían a apoyar que había dejado para último minuto las materias de la semana. Y no solo eso: en mi casa no había cumplido con lo acordado con mis padres; mi habitación era una selva cuyos matorrales y enredaderas se habían reemplazado por pantalones y camisas colgando por cualquier lado. ¿Esta tarde? Odiaba decirle que no a Esteban. Además, era tan tímido conmigo que no era común escuchar que hiciera planes; sin embargo,

tuve que llenarme de valor para decirle que ni hoy, ni mañana y por lo visto en toda la semana me sería posible verlo.

—Entiendo —dijo Esteban, algo orgulloso.

—De verdad lo siento, pero tengo más de un pendiente y si me voy contigo, seguramente ya no me dejen hacerlo más —le expliqué.

—Entiendo —repitió él.

De seguro estaba enojado. No era para menos. Yo había durado horas, días incluso, llenándole la cabeza de palabras como responsabilidad, compromiso y, sobre todo, iniciativa. Y ahora, con su primer intento de liderazgo, había dejado claro que la lección era solo



para él y que para mí había excepciones. No podía estar más decepcionada de mí y del momento en que él había elegido actuar como yo deseaba.



¡Zap! Mientras acomodaba las almohadas de mi cama, escuché mi celular. Al cerciorarme de que no fuese algo urgente, lo vi: Esteban me había escrito por fin. No estaba enojado, o por lo menos eso decía el mensaje: se disculpaba por haberme contestado tan cortante en la tarde.

—No te preocupes —le escribí.

La verdad es que estaba emocionada porque él, que nada de culpa había tenido, me escribía en la noche para despedirse y disculparse. Por supuesto, no dudé en hacer lo mismo: le dije que había discutido con él antes por no organizar sus horarios y dejar el municipio, los proyectos y las clases en último lugar, y que ahora yo estaba haciendo lo mismo. Le expliqué mis razones y solo pude escuchar su risa en mi cabeza.



—A todos nos pasa, Carla, descuida —me dijo con ternura.

Bien, así las cosas, podemos compensar el tiempo que no tuvimos en la tarde —le dije con entusiasmo—. Me gustaría retomar, debo admitir, lo que dijiste de Bochica.

—Claro —contestó—. Estuve escogiendo algunas fotografías que parecían viejas. La verdad no pregunté ni de dónde eran y ese fue mi gran error. Resulta que no pregunté a nadie si las podía tomar, ni averigüé de quién eran, ni de qué año; digamos que hice la tarea a medias, Carla. ¿Me comprendes?

Le entendía perfectamente. Suponía que eso solía pasar, pero no veía el misterio de la historia. No entendía si me cuestionaba el hecho de no llevar

fotografías a la clase, o si no quería o podía utilizar las suyas. Sin embargo, Esteban no paraba de dar vueltas, sin decir mucho. —¡Bochica! —terminé por gritarle—. ¿Por qué dijiste eso?

—El punto es, Carla... no te vayas a burlar, ¿bueno? —me dijo.

La verdad, no entraré en detalles exactos con esa conversación porque de seguro terminaría contando en muchas páginas que se arrepentía y volvía a tomar fuerzas para contarme. Me considero una persona paciente, pero la verdad es que estaba muy irritada. Era tonto que no me explicara qué había pasado con las fotos, la familia, el día, las fechas y la cuestión de lo de no preguntar antes. Al final tuve que decirle, muy enojada, que debía hacer cosas más importantes que



estar discutiendo algo sin sentido. Entonces se animó a decirme que había llevado fotografías, tal y como lo habíamos acordado; el problema estaba en que esas fotografías no eran suyas ni de sus abuelos, ni de sus padres. Mejor dicho, no sabía a quién habían pertenecido, con lo que no podría obtener las historias de lo que se veía allí. Por otro lado, me dijo que tampoco servirían de mucho esas imágenes porque no eran del municipio, y que se había dado cuenta justo al mostrarlas a Juan, quien le contó de dónde venían las fotos y por qué no podíamos utilizarlas.

—Te mencioné a Bochica porque creo que él nos puede ayudar mucho —dijo Esteban, fuerte y seguro—. Resulta que es un experto en regaños. Cuando ve que no tienes el mejor comportamiento, aparece para decírtelo como si fuese un padre, se podría decir. Bochica era

el hijo del cielo. Resulta que cuando crearon el mundo y a los hombres, ellos vivían muy tranquilos y pronto olvidaron a los dioses, así que Bochica llegó a la tierra para intervenir.

—Bochica les enseñó a los hombres a sembrar, construir casas y tejer con algodón. Incluso aún tienen un templo en Gachetá de él. ¿Ves lo que te digo? Si él pudo regañar a los hombres por olvidar a los dioses, puede regañarlos por olvidar de dónde vienen —me dijo con tristeza y cierta timidez ante mi reacción.

Después de eso, yo no sabía qué decir. No tenía ni idea de dónde había sacado Esteban tal cosa, y mucho menos podía saber si hablaba en serio. Solo le dije que entendía y le creía, y que era mejor continuar hablando sobre los lugares dentro del municipio que



serían excelentes para empezar a indagar. Muchas de las fotografías no aparecerían, con lo que debíamos buscarlas; así nació una ruta de búsqueda, *nuestra* ruta de búsqueda ancestral. Por celular ideamos todo un conjunto de lugares, fechas y tradiciones, incluso familias que de seguro tendrían respuestas a nuestras preguntas. De paso, si tenían algún recuerdo de aquel momento nos serviría de mucho, pues recopiláramos cada vez más piezas para nuestra exhibición.

Al sonar la campana que anunciaba la entrada al salón, nos pusimos en la tarea de elaborar un plano de ruta sugerida para guiarnos. Tomamos un mapa del municipio, escogimos los lugares más representativos, tomamos puntos de referencia y tratamos de preguntar entre todos quiénes vivían o tenían familia por ahí. No solo se trataba de una búsqueda de territorio; debíamos

desenredar lazos de amistad y, sobre todo, familiares. De cierta manera comprendimos que no solo estábamos redescubriendo nuestro lugar, sino quiénes éramos.





Ese era, en últimas, el objetivo: no se trataba de hacer un museo (ese solo sería el producto) lo que realmente habíamos conseguido; lo que realmente se había transformado era nuestra visión de lo que estaba a nuestro alrededor, incluidos nuestros compañeros. Al parecer, Esteban tenía razón con lo de Bochica, el dios: le hablaba en sueños, según me decía, y siempre que nos veíamos tenía ideas nuevas y sabía mucho más, así que terminé por creerle.

En realidad, el trabajo dejó de ser solo de nosotros dos. Es cierto, éramos los líderes, pero muchos de nuestros compañeros participaban y ayudaban de manera constante, y nosotros también nos involucrábamos en sus proyectos. Las charlas con Juan se habían convertido en una oportunidad para mezclar experiencias y

conocimiento, y explorar las palabras *ayuda* y *trabajo*; pero, sobre todo, se habían transformado en escenarios de recuperación territorial. Empezábamos a dar valor a lo que era nuestro, a quiénes éramos y aunque no en todos, por lo menos sí suficientes como para que no se considerara tiempo perdido.

No podíamos tener una idea clara del lugar en que pondríamos nuestra exhibición. Entonces escuchamos detrás de nosotros una voz gruesa que decía que el lugar perfecto era la plaza principal; allí, todas las familias se reunían. Era un punto de encuentro: estaban la iglesia y el parque, y las personas acudían allí para cualquier cosa, con lo que sería perfecto que, de camino, pudieran estar en medio de nuestra exhibición. Nuestra propuesta tomaba forma.



Cada día llegaban más y más fotografías, y cuando no era así, recibíamos historias, nombres, lugares, personas, cualquier cosa que nos permitía tener una idea de cómo eran las cosas antes. Con esto podíamos entender qué cosas habíamos cambiado y cuáles no.

—Te invito a mi casa, Carla —me dijo Esteban, algo perdido entre las nuevas fotos que habían llegado.

—¿A tu casa? ¿Por qué? —le pregunté, desorientada.

—Mi mamá me lo dijo anoche, Carla —respondió—. Me dijo que te llevara a almorzar porque tiene un par de cosas para nosotros. No pongas esa cara: te juro que yo dije que eso era muy extraño y que te podía molestar, pero bueno, ya sabes cómo es ella; cuando se le mete algo en la cabeza, nadie se lo saca.

—No me molesta —le dije con tranquilidad.

—Pero... no te agrada del todo la idea, lo sé —dijo Esteban—. Te parecerá incómodo, perdona que lo diga, pero mi mamá dice que estoy tan involucrado con esto de llevar cartas para colgar las fotografías y las cosas que hemos recogido para contar historia que... se empezó a entusiasmar ella también.

—¿En qué...? —le pregunté, atravesando otra pregunta—. ¿Molestarme?

—Sí, Carla, no hace falta que lo digas —interrumpió de nuevo Esteban—. Yo quiero que vayas a conocer parte de mi historia, que por supuesto, forma parte del pueblo, y en lo posible sería bueno conocer la tuya; es decir, podemos fijar el proyecto en la vida de



dos familias: la tuya y la mía. ¿Cómo han llegado a este punto? Así podremos relacionar cada detalle de crecimiento del pueblo y las expansiones del municipio, las transformaciones culturales, las familias que se fueron y las que se quedaron mientras crecíamos. Eso lo haría más nuestro, ¿no crees?

La idea me gustaba cada vez más, así que no dudé en decirle que estaba dispuesta a escuchar toda la tarde lo que su madre tenía por decirme, y no solo porque le servía mucho a nuestro proyecto; claramente también me parecía interesante saber de Esteban. Su madre preparó chocolate con pan y queso. Empezó, justo como me lo había dicho antes Esteban, a contarme todos los detalles de su familia y todos sus recuerdos familiares y del territorio. Incluso llegó a sacar un baúl



en el que había recopilado varias fotografías de la plaza central, lugar donde haríamos la exhibición. En muchas de ellas se notaban muy bien los cambios



y era la oportunidad perfecta para tener las fotografías centrales de la exhibición; empezariamos por la transformación de la plaza.

—Las fotos son de ustedes, niños —dijo alegre la mamá de Esteban—. Por mí está muy bien que sirvan para algo más. Yo solo las tenía guardadas, acaparando el polvo de los estantes. Denles buen uso.

Por fin, el día había llegado. Después de horas, días, semanas y hasta meses, habíamos podido recopilar y descartar el material suficiente. Más que eso, habíamos creado verdaderas redes de investigación en cuanto a los saberes ancestrales del municipio; y entre nosotros mismos habíamos aprendido a comprender y tolerar de dónde venían y por qué se comportaban de determinada manera los demás. Resulta que el proyecto no



solo había servido para ayudar a la comunidad, sino que nos había hecho una, por lo menos en el salón. Eso éramos, y así empezábamos a contribuir al cambio.



—El museo de la plaza es un éxito, muchachos —dijo Juan, con un tono alegre y esperanzador.

—Mi abuela dice que ha ido unas siete veces —apuntó Matías—. Cada vez que va a la casa de una de sus viejas amigas, se topa con las fotos de su antigua casa... bueno, casas: la de sus abuelos, la de sus padres, la de su primer matrimonio, la de sus hijos... Así ha recordado que ha estado en más lugares de los que cree; y que, aunque no lo notaba, el pueblo sí ha cambiado.

No podíamos estar más orgullosos: habíamos podido ir a la inauguración y aunque éramos chicos, nos sentíamos enormes al saber mucho más de lo que imaginaba el público, o por lo menos de aquello que compartíamos todos. Cada vez que nos decían que habíamos hecho un buen trabajo, anhelábamos ver

qué expresión habrían hecho al ver las fotografías y las historias que habíamos puesto. La mayoría de los asistentes se mostraban nostálgicos, cosa que me alegró porque la nostalgia es uno de mis sentimientos favoritos: no hay nada más sincero que la melancolía, precisamente porque se necesita motivación y mucho trabajo para despertarla; al parecer, habíamos alcanzado esa meta.

Nos enteramos de que el museo no había sido abandonado, y las personas sí estaban pasando a reconocer y comentar, sobre todo, los recuerdos y las mejoras. Incluso, algunos decían enojados que no había cambiado nada... Bueno, esa era la idea: que se cuestionaran frente a lo que somos y hemos hecho para motivar o dilatar ese cambio. Resultó que se estaba logrando más de lo que esperábamos.



Terminado nuestro proyecto, y después de que nuestro museo fue visitado por más de la mitad de los habitantes del pueblo, podíamos estar tranquilos y

sentir que habíamos hecho un buen trabajo. Esteban le había hecho caso a Bochica, y yo le había creído a Esteban; habíamos entendido que teníamos mucho, que de cierta forma éramos ricos por tener tanta belleza tan cerca de nosotros. No podíamos asegurar que todos los estudiantes que estuvieron junto a nosotros en cada proyecto y en cada charla seguirían en el pueblo y se dedicarían a solucionar sus problemáticas; ni que entre ellos, o más bien, entre nosotros, nos encargáramos del tema del relevo generacional en los cultivos. Seguramente no sería así con todos, pero al menos nosotros estábamos seguros del potencial del municipio y de lo mucho que podríamos llegar a hacer en equipo.

En cuanto a Esteban y yo, bueno... qué puedo decir... Resulta que el lado comprometido y entusiasta nunca



se le fue. No sé si el proyecto lo despertaba tanto, o si más bien era Bochica o incluso yo, pero me alegra saber que ahora vamos todo el tiempo a contemplar atardeceres al lado de la quebrada. No podría sentirme

más afortunada y no solo hablo de su compañía, sino de poder tener tan maravillosos paisajes cerca. Esto era el Guavio y hasta ahora lo entendíamos, pero claramente lo aprovecharíamos.

Fin



Glosario



- **Relevo generacional:** cuando las personas que cuidan los cultivos envejecen, la labor pasa a los más jóvenes en sus familias o dentro de sus amigos.
- **Cultivo sostenible:** cultivo que funciona gracias al correcto uso ambiental y que le aporta a las familias encargadas suficiente dinero.
- **Cultivo:** pequeños caminos de tierra donde se siembran plantas para obtener sus frutos.



La quinua



Quinoa. QUINUA. ¿Alguien ha escuchado de ella? De seguro no muchos la conocen... y es una lástima, debo confesar. Una vez, hace mucho tiempo, escuché

hablar de ella; yo era entonces un niño de seis o siete años cuando supe por primera vez de esa extraña palabra... "quinua"...

—¿Se come? —le pregunté a José, mi padre.

La verdad es que la palabra me sonaba a cualquier cosa, menos a algo que debiera conocer un niño. Mi padre solo me miró con ternura y empezó a contarme la historia; antes de continuar, mientras me enseñaba qué era y de qué planeta venía, empezaron a llegar más niños a escuchar. Cuando estábamos todos reunidos, empezó de nuevo, justo como lo contaré ahora... Espero no me falle la memoria.

—Hace un tiempo llegó una señora muy curiosa al pueblo. No se lo imaginan niños, pero más de uno quería tenerla en sus tierras; Señora curiosa, ella.



Su cabello era de color marrón y siempre estaba muy esponjado; sus ojos, verdes como las hojas de los árboles; y su traje siempre era muy llamativo, su voz era dulce y casi se le podía sentir el alma.

—¿Ya no está en el pueblo? —preguntó Pedrito.

—¡Claro, mijo! Lo que pasa es que rara vez uno la ve por aquí porque siempre se transforma y uno no sabe con qué apariencia llega, pero ella cuida de nosotros. En fin, como venía diciendo... Una señora muy curiosa. Era... diferente, sí, diferente, pero nos enseñó, no solo a mí, sino a todo el pueblo, cosas maravillosas de la quinua.

—¿De la qué? —preguntó de nuevo Pedrito.

—De la quinaa —dijo Luisa.

—QUINUA, niños. Es una planta de la que se pueden obtener unas semillas que a veces utilizamos como cereal; ¡es un alimento muy completo y delicioso! Bueno, no pongan esa cara de confundidos, ya luego les cuento qué se hace con ella. Por ahora, sigamos con la mujer: su nombre era Bachué, un espíritu de madre convertida en serpiente, que llegó a nuestras tierras en esa forma y luego, poco a poco, se convirtió en mujer. Nos contó que había sido la madre de todos nosotros: con sus pechos nos había alimentado y, desde hace mucho tiempo, les había enseñado a las personas a cultivar. Además, podía cambiar su apariencia a voluntad. Sin embargo, no estaba en el pueblo para contarnos de dónde había venido. Resulta que las lágrimas del campo la habían llamado y tenía un mensaje para nosotros. Como el pueblo no sabía cómo cultivar, cuidar y utilizar de manera correcta la



planta que les cuento, de seguro se extinguiría, o por lo menos desaparecería de esta región. Así que cuando Bachué llegó, nos dijo: “hijos, niños, niñas, hombres, mujeres, todos, alguien, ¡vengan!”

—Como les dije —prosiguió mi padre—, era una mujer muy curiosa: por algo la llamaban “la mujer buena”. Al verla, todos quedamos muy atentos a lo que decía ¡y vaya que nos dijo algo muy serio! “Ustedes están desaprovechando un maravilloso producto, pero no lo imaginan ¿verdad? La quinua, hijos, no me pongan esa cara. ¿Por qué no la están utilizando? no la cuidan, no la cultivan, no la protegen. ¿No la quieren?”

—“¿No la quieren?”. Recuerdo muy bien esas tres palabras —continuó mi padre—. Claro que queríamos cultivarla y utilizarla, solo que no sabíamos cómo.



Como toda madre —prosiguió mi papá—, Bachué quería cuidar de sus hijos, que éramos nosotros. Por eso era importante que las personas conocieran más



sobre lo que estaba pasando. Nos explicó que las plantas no germinaban como antes debido al cambio climático, y eso hacía que se perdiera el dinero gastado en los cultivos. Además, no se cuidaban de manera correcta; y los animales que se comían la planta también lastimaban el cultivo. “¡Busquemos soluciones!”, dijo Bachué con entusiasmo. “Yo sé cómo cuidar la planta, qué necesita y qué se puede hacer con ella, y ustedes son creativos e inteligentes; de seguro encontrarán la manera para proteger la planta”.

—Ese día hubo un par de ideas acerca de cómo cuidar la planta —dijo mi padre—. Ustedes niños, han comido ciertas cosas que vienen de las semillas de esta planta; ahora, mucho más que antes, precisamente porque han servido los consejos de nuestra buena mujer.

—¿Qué otra cosa dijo, papá? —pregunté—. ¿Qué debemos hacer para cuidarla?

—Ah bueno, mijito —respondió mi padre—; ese día, Bachué nos dijo que debíamos cultivar la quinua como cultivamos la papa, es decir, por hileras y con espacio suficiente para utilizar la tierra de los dos lados, para así fortalecer el tallo de las plantas, evitar pérdidas y prevenir que se vuelvan débiles. Además, nos dijo que no debíamos hacer fertilizaciones excesivas ni control de plagas que dañaran a la planta; y que, para cuidarlas mejor, debíamos hacerlo en granjas de cultivo.

—Ah... de ahí viene la granja del centro, la que protegen tanto —dijo Luisa.

—Exacto, mijita —dijo mi padre—. Ya va entendiendo cómo empezó a funcionar todo y qué sigue todavía.



—Y que no termine —dijo con voz fuerte.

—Mi mamá, por ejemplo, me hace unas arepas que saca de la quinua; son tan deliciosas que no quiero que se acaben nunca —dijo Luisa.

—Claro, mijita —respondió mi padre—, y no solo arepas. Después le cuento qué sacamos y cómo conseguimos tener esas arepitas en la mesa del comedor para la cena y el desayuno. El proceso es bien difícil, digo yo; pero mi esposa, por ejemplo, dice que es de lo más sencillo, que todo se trata del amor con que se hagan las cosas.

—Es cierto —dije yo—. Mi mamá es una mujer muy tierna: siempre dice que el amor cambia el color del día.

—¿El color del día? —preguntó Pedrito.

—Claro —contesté—. Ella me dice que cuando el día está gris, alguien está muy molesto; algo malo le debió haber pasado. Cuando está lloviendo y el día es negro, alguien está lastimado; pero si el día es azul, alguien en el pueblo debe estar muy contento, o le ha funcionado algo, cualquier cosa... mejor dicho, después de los días grises de las quinuas en la montaña, llegaban los días azules de los que iban a ayudar a cuidarlas; se volvían verdes de lo bien que quedaban.

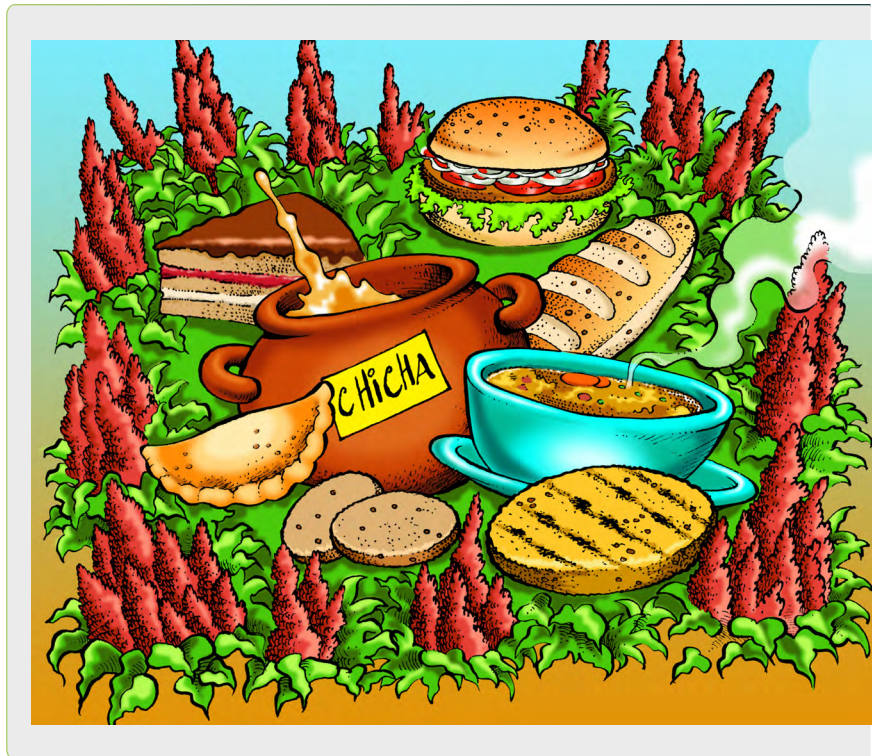
—Bueno, Camilo, ya no los confunda —apuntó mi padre—. El punto es que, si no fuera por los que se la pasan imaginando estrategias y realizando todo con amor, no funcionaría nada. Bueno, les estaba contando que lo que nos dijo Bachué fue muy importante: nos habló de cuánto debe crecer la planta, cómo cortarla y cómo retirar las semillas de las hojas, que son las



ramitas de color amarillo o rosa que se ven en la parte de arriba. Cuando las plantas crecen lo suficiente, cortan la pantoja y de ahí sacan las semillas. Sabia señora, ¿verdad?

—Luisa —continuó—: ¿recuerda, mijita, que ahorita me estaba hablando de las arepas que hacía su mamá? Y usted, Pedrito, ¿recuerda cuando puso esa cara confundida por no saber qué se podía obtener de la planta? Bueno, pues resulta que en el pueblo la utilizaban para muy pocas cosas. Como llegó Bachué a contarnos tanto de ella, todos comenzaron a pensar en formas de conseguir algún alimento a partir de las semillas.

—¿Funcionó? ¿Las personas encontraron más cosas que hacer con ella, verdad? —preguntó Luisa.





—Claro —respondió mi padre—; muchas, muchísimas, diría yo. Por ejemplo, aquí en el pueblo es muy común comer arepita con agua de panela, ¿cierto?

—¡Uh, a mí me encanta! —dijo Luisa—. ¡Bien caliente y con limón es deliciosa!

—Exacto —dijo mi padre—. A buena temperatura, todo sabe muy bien; pero lo que ustedes no sabían es que las arepas e incluso el agua de panela tienen semillas molidas de quinua.

—Papá, papá —dije—. No me digas que los brownies que venden a la entrada del pueblo también tienen quinua.

—Claro que sí, mijito —respondió—; no sabrían tan rico si no fuera por la quinua. Hay más cosas que de seguro ustedes comen mucho y que vienen de la planta. ¿Adivinan cuáles son?

—El pan, no; el chocolate, no, no; el arequipe, no... ya sé, ¡el bocadillo! —dijo Pedro.

—Nooo; las tortas, las arepas y los jugos amarillos y rojos —dijo Luisa.

—No, yo sé, yo sé: las arepas, el pan, las tortas, las empanadas, la pizza, el café, el postre de maracuyá, y...

—Bueno, paren, paren —dijo mi padre—. Van más o menos bien. No todo lo que dicen se hace con la quinua, niños, pero hacen muy bien en ponerlo en duda: hay que cuestionarse siempre todo. Es cierto, por ejemplo, que de la quinua se puede obtener pan, tortas, arepas, empanadas, hamburguesas, galletas y brownies, precisamente porque necesitan masa para crearlos, y en ella están las semillas molidas de la quinua. Es todo un proceso que nuestros ancestros realizaban desde hace mucho tiempo.



—Quién lo diría... —interrumpió Luisa—. Y yo creía que de las tiendas se conseguía todo. La verdad, jamás me pregunté cómo creaban lo que tanto me gusta, de dónde venía todo eso... Y claro, no pueden venir de la tienda; alguien debe llevar el producto allí. Y si alguien lo llevó, entonces alguien lo transformó... Y si alguien lo cambió, entonces era de otra forma, y su forma original debió cultivarse.

—Hace muy bien, Luisita —dijo mi padre—. Las cosas vienen de un sitio concreto: la tierra. Ella nos da todo para que las personas lo transformemos y por eso es tan importante cuidarla. Pero bueno, eso es otra historia. Por ahora, estamos en la comida que viene de la planta. Les decía que además de todo lo que dijeron y les corregí, también se hacen malteadas. Quién lo diría, ¿verdad? ¿Alguien sabe qué es la

chicha? ¿No? Uh, bueno... la chicha es una bebida que se obtiene de fermentar el maíz. Las sopas y la avena también pueden hacerse con las semillas. ¿Saben algo interesante? Resulta que la quinua es muy rica en proteínas. Es muy saludable, es decir, nos hace bien comerla; tiene vitaminas E, B2 y B3, y también muchos minerales. De seguro no lo comprenderán tan bien por ahora y no les parecerá tan importante tener una buena dieta; pero cuando crezcan, seguramente les parecerá fundamental haberla comido desde niños. Además, la planta, justo como nuestra buena mujer, es amigable con todos; la pueden comer incluso los diabéticos, es decir, las personas que no pueden comer mucha azúcar. Qué bueno, ¿no?

—Niños, ¿recuerdan a Juan Agro? —preguntó mi padre.
—¡Pues claro! ¿Quién no? —dijo Luisa.



—Supongo que tiene razón, mijita —apuntó mi padre—. Juan también forma parte de la historia. Imagínense que con tanto alboroto del espíritu de Bachué, Juan

decidió prestar mucha atención para entender qué ocurría. La escuchó en varios lugares y finalmente reunió a toda la comunidad para alertarnos.

—¿Cómo así? ¿No era verdad todo? —preguntó Luisa.

—Claro que sí; no lo duden —acotó mi padre—. Me refiero a que nos alertó, pero para que le prestáramos más atención, porque lo que decía ella era muy cierto. Juan nos dijo que lo importante no era cultivar por cultivar, sino cuidar lo que tenemos.

¿Resultó? —pregunté.

—Pues, en su mayoría sí —contestó mi padre—. Los hombres y mujeres de por acá empezaron a querer más a la plantica, y todos empezaron a intentar sacar



provecho tanto para sus casitas como para la venta en el pueblo y fuera de él. Doña Laila, por ejemplo, una mujer bien difícil de complacer porque siempre le ve el “pero” a todo, estaba encantada haciendo grupos entre todos para turnarse los cuidados de la quinua. Es más; ella misma estaba tan fascinada con el resultado que daba cursos a los demás. Fue un trabajo en equipo del que todos deberíamos sentirnos muy orgullosos; no había visto nunca al pueblo tan unido.

—¿La señora Laila participaba? —preguntó Luisa.

—Claro, mijita —prosiguió mi padre—. ¿No le digo que era la más interesada? Resulta que cuando empezó a entender cómo era el proceso, le fue cogiendo confianza y cariño a la planta, de la que sacaba provecho; y como cocinaba tan rico, todo le quedaba delicioso.



Juan estaba feliz al verla tan contenta y, sobre todo, tan comprometida; pasaba horas enteras hablando con ella sobre nuevas estrategias de riego, arado, recolección y



corte de hojas; y de tanto reunirse y hacer planes de mejora de los cultivos, se les ocurrió algo maravilloso. Si antes les había dicho que nunca había visto el pueblo tan unido como aquella vez, táchenlo, porque con esta propuesta, “unido” era poco para describir el pueblo. Todos estábamos absolutamente comprometidos, incluido yo mismo, y eso que yo soy bien amargado a veces para ese tipo de cosas.

—Cuando Juan Agro terminó de armar la maravillosa idea para todos —prosiguió mi padre—, corrió a contársela al hermoso espíritu. Por supuesto, a esta mujer le saltaron los ojos de la felicidad; le decía una y otra vez a Juan que no podía estar más contenta, y que se pondría a hacer trajes todos los días hasta vestirnos a todos.

—¿Trajes? ¿Cómo así, para qué? —preguntó Pedrito.

—Ah, yo creo saber de qué trajes habla Don José —intervino Luisa—. Mi mamá todavía tiene el suyo en el armario, y no permanece guardado; cuando sale a la granja de cultivos, me doy cuenta de que lo lleva puesto debajo de la ruana.

—Sí, mijita —continuó mi padre—; usted ya entendió a qué me refería. Resulta que Juan Agro nos reunió a todos en el pueblo para decirnos que no quería que dejáramos de lado el entusiasmo con los cuidados y las estrategias nuevas que surgían para mantener, cuidar y utilizar la quinua; que lo peor que podría pasarnos era volver al tiempo en que no entendíamos bien lo que necesitaba la planta, y por eso mismo no podíamos utilizarla debidamente.

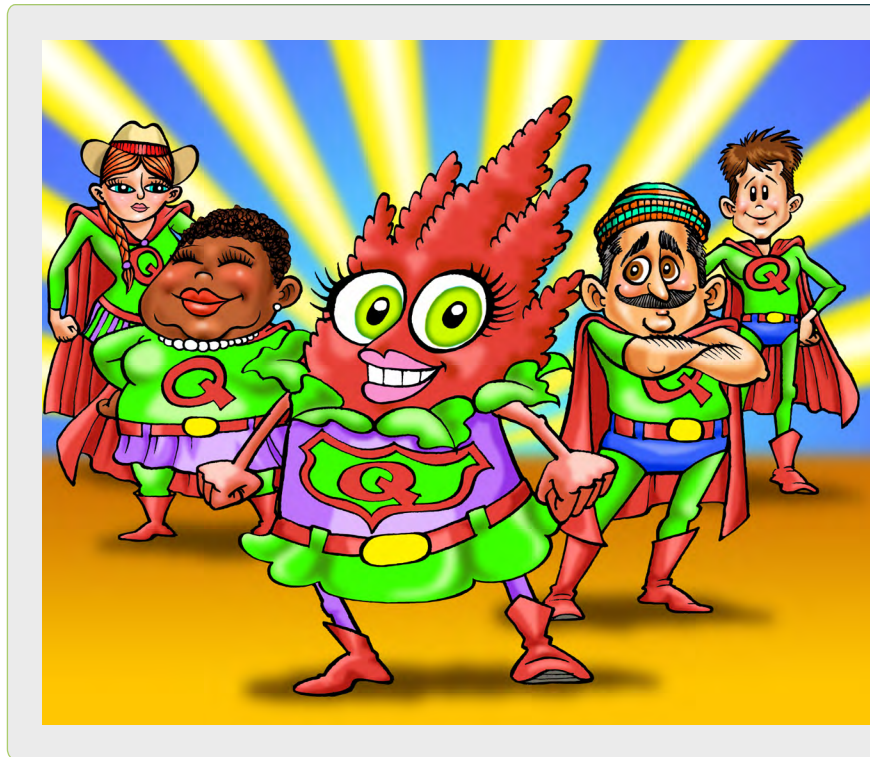


—¿Qué más dijo? —preguntó Pedrito.

—Nos dijo que debíamos convertir las buenas intenciones en acciones. Es decir, llevar los deseos y nuevos conocimientos a horarios fijos de riegos, estrategias de mantenimiento y corte para las plantas, ideas de siembra y recolección... Mejor dicho, debíamos tener claro qué íbamos a hacer en el pueblo para ayudar a la quinua. Cada uno de nosotros debía tener un papel específico y una labor diaria.

—¿Y lo cumplieron, Don José? —preguntó de nuevo Pedrito.

—Claro, mijo —contestó mi padre—. De hecho, más que eso, nos transformamos en... ¡la Liga Quinuense! Todos estábamos liderados por nuestra madre Bachué. Desde ese momento, nos comprometimos a salvar, cuidar y





transformar la planta, y buscar mil nuevas ideas para sus semillas. Recuerden, niños, que no basta con hacer algo bien, sino en transformarlo todos los días para mejorar. Eso es lo que hicimos: esta buena mujer, Bachué, nos hizo los trajes de los que les hablaba antes; una idea muy dulce. Como este tierno espíritu se había portado tan bien con nosotros, nadie se pudo negar a utilizarlos. Incluso ahora, pasado el tiempo, los seguimos llevando cuando vamos a las granjas de cultivos.

Mi padre terminó por contarnos lo de los trajes, las personas unidas y el espíritu madre de los cultivos. Yo

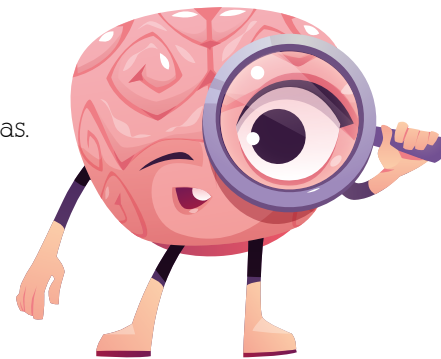
no podía estar más fascinado con la historia; mi padre se había convertido en una especie de héroe, pero no en cualquiera. Tenía el poder más espectacular de todos: el compromiso. Las personas que lo tienen hacen cosas grandes y no pueden pasar un solo día sin intentar ayudar. Me complace decir que, a pesar de ser vieja la historia, aún siguen muchos de los detalles intactos, precisamente porque aún las personas del pueblo se encargan de cuidar la planta y de innovar cada día con lo que se puede obtener de ella. Y yo... pues, la verdad, no podría estar más orgulloso de provenir de la tierra, como la quinua.

Fin



Glosario

- **Ancestros:** antepasados.
- **Arado:** técnica utilizada en la agricultura para formar caminos en la tierra que servirán para la siembra posterior.
- **Cambio climático:** cambios generales en el clima de la Tierra, causados por el mal cuidado que de ella hace la humanidad.
- **Cultivo:** práctica que consiste en sembrar semillas para recoger sus frutos.
- **Fermentar:** transformación química donde el oxígeno cambia el producto original.
- **Fertilizar:** hacer de un terreno un lugar adecuado para que broten de la tierra más plantas.
- **Germinación:** proceso a través del que una semilla crece para convertirse en planta.
- **Plagas:** organismos que causan daños y enferman a los animales y plantas.
- **Riego:** práctica que consiste en aportar agua a los cultivos.





**La
miel**



De seguro estás interesado en saber sobre Manuel. ¿No lo conoces? Debo empezar, entonces, por contarte quién es. Manuel era un niño encantado con las abejas.

Su casa tenía un gran jardín trasero, en cuyos árboles había unos panales de estos insectos. Un día, cuando el protagonista de nuestra historia estaba caminando mientras correteaba a las hormigas, un panal cayó muy cerca de él. Pese a su fascinación por las abejas, siempre había temido a estos animales y sus panales por cuentos antiguos según los cuales, si estaba muy cerca, de seguro lo picarían.

—¡Ay! ¡No puede ser, no puedo morir tan joven! —se escuchó mientras brincaba y agitaba las manos.

—¡Si muero en el jardín, mi pobre madre sufrirá mucho! —gritaba mientras le hablaba a los árboles cercanos, pues no había nadie allí.



Como te decía, un niño bastante curioso, pero con cuentos de viejos en la cabeza. Dicen por ahí que esos son de los peores cuentos: los viejos. No hay como los nuevos, los que surgen de experimentar, descubrir y fallar, sobre todo los últimos, los que son producto de errores, de fallas y lágrimas; son los que más fuertes se vuelven, a tal punto que nunca se olvidan. Sin embargo, no todo cuento viejo hace daño. A Manuel le encantaba leer y, entre lecturas y pinturas, leyó sobre mitología y otros cuentos fascinantes. Seguramente no habrás abierto el libro en la página de la miel para leer sobre ideas viejas o nuevas. Sin embargo, era indispensable hablarte sobre cómo empezó esta historia: por una idea.

Por fortuna, Manuel era de ese tipo de niños que no creen en los chismes, cuentos o ideas vagas y típicas.

Él solía indagarlo todo. Si no se preguntaba tres veces al día algo sobre su alrededor, consideraba que ese había sido un día perdido. No es para menos que a este niño curioso le hubiese ocurrido lo de las abejas.

Las abejas, cierto, para no dar más vueltas, diré que estaban locas, o eso pensó Manuel.

—Cayeron tan cerca y... ¿ninguna me picó?

—¿Seré inmune a las picaduras de abejas?

—¿Las abejas estarán enfermas, o se habrán lastimado con el golpe?

—¿Tendré algún poder si me pican? ¿Me saldrán telarañas de miel?



Intentaba hallar alguna razón lógica de por qué no lo habían picado, pero nada; no se le ocurría ni una cosa clara.

Desde entonces, Manuel había leído libros, enciclopedias y revistas; al tiempo que había visto documentales, películas, vídeos y más sobre las abejas. Se había vuelto un experto, pero no cualquiera: un investigador. Eso, querido lector, significa que no solo buscaba datos, sino que trataba de comprobar teorías. Nuestro observador, Manuel, aprendió sobre las abejas, y en especial sobre su preciado rendimiento: la miel. Algunas de esas historias cuentan cómo los increíbles dioses de la época de la creación fueron enviados por “La Madre Abuela”, como Manuel llamaba a la grandiosa Bachué, para sembrar todo lo que existe. Cuentan que la miel surgió desde una olla con semillas

que colocó Bachué, una señora que sabía mucho acerca de plantas por ser la madre de los muiscas. Estos últimos utilizaron este espeso líquido por sus beneficios para la salud y la belleza.

—¿Acaso no se necesitan abejas para que haya miel? —pensó Manuel—. Cargado de negatividad, Manuel pensó y refutó sobre la verdad de la miel. Muchas de las teorías que puso a prueba funcionaron, pero otras no.

Un día, el que prefieras elegir de la semana (porque como te contaba en las primeras líneas, no solo las ideas viejas se agotan; también la memoria, y ya no recuerdo qué día fue), Manuel decidió dejar de leer y ver información en pantallas, y empezó a involucrarse en las actividades de apicultura del pueblo. Nada le era suficiente, o su cabeza era demasiado grande



como para llenarse de ideas sencillas. Necesitaba más. La acción de ver podía ayudarlo, pero eso no se comparaba con formar parte del proceso.



¿No comprendes aún? No hay problema, querido lector. Te lo explicaré con calma. En lugar de fijarse en la pantalla de su computador, Manuel empezó a fijarse en la realidad. Buscaba interactuar con las abejas, aunque fuese desde una distancia lejana. ¿Recuerdas lo de las ideas viejas? Pues bien, le era difícil evitar pensar en que alguna de las abejas estaría interesada en picarlo y lastimarlo.

—Desde aquí estoy bien —no titubeó Manuel.

La verdad es que no importaba si lo hacía de lejos o de cerca, lo que realmente importaba era que, por primera vez en su vida, Manuel se acercaba a algo que le apasionaba tanto como para dudar sobre ello. Rectificaba, borraba, eliminaba y volvía a dudar sobre el tema mientras veía a los hombres que tomaban los



panales para separarlos del resto. No eran personas comunes, o por lo menos no para Manuel; sus trajes parecían de personas que fueran camino a la Luna y era muy difícil distinguir sus rostros.

En videos, Manuel había visto procesos de selección de miel. Incluso había leído un libro sobre el mundo animal en el que enfocaban tres capítulos enteros para las abejas, pero nada se veía tan nítido (ni siquiera la imagen que se hacía en su cabeza al leer) como lo que estaba viendo en ese momento. Los expertos tomaban precauciones, desde luego, pero también tomaban las colmenas con tranquilidad y simpatía, se aseguraban de no lastimarlas y, por supuesto, de obtener mucha miel.

¿Sabes por qué lo hizo? ¿No? Entiendo. De seguro no, te lo contaré.

Resulta que Manuel había tenido un extraño sueño. En él, un ser algo extraño y desnudo, que de lejos parecía una mujer con una serpiente, le decía que debía ver en el yateí el poder de su pueblo. Cuando Manuel despertó, no entendía nada, ni siquiera la extraña palabra. Al investigar, se dio cuenta de que así se le llamaba a un tipo de abeja sin aguijón que se tenía en varios países de América del sur, entre ellos Colombia. Estas abejas hacían una excelente y deliciosa miel, mejor que las abejas más conocidas.

Después de tiempos de estudio, ensayo y error, Manuel logró cambiar ciertas bases para experimentos con la miel. Intentó transformar varios aspectos y se le ocurrieron mil y una posibilidades de experimentación, hasta que llegó a una conclusión: se dijo a sí mismo que debía involucrar lo novedoso con lo que le



gustaba y, por supuesto, con lo que necesitaba. ¿Dónde encontrarlo, cómo cambiarlo? Ese tipo de preguntas, querido lector, son importantes; son una especie de lazo mágico que te conecta con la vida de lo nuevo, del cambio. Es decir, son un lazo que te conecta con la transformación.

Por supuesto, es difícil encontrar cosas nuevas o desconocidas por completo, pero tampoco es esa la meta; más bien, se trata de tener la suficiente creatividad e ingenio para cambiar y mejorar lo existente. Sin duda existía la miel, y Manuel lo entendía perfectamente; pero pasó mucho tiempo intentando imaginar qué le faltaba y en qué podía transformarla. No creía ser la persona más inteligente del universo, pero tenía muy claro que no debía serlo porque, en realidad, solo necesitaba una cosa: creatividad. Manuel podía ser muchas cosas: curioso, inquieto, obstinado, a veces gruñón, a

veces muy alegre; pero sobre todas las cosas, sobre todo lo malo y lo bueno, era un ser creativo, así que tenía lo suficiente para conseguir lo que deseaba.





Manuel lo tenía claro: aunque le tomara años, finalmente conseguiría transformar la miel. ¿Piensas cuán complicado sería cambiar algo que por años has considerado útil solo para una función, y solo puede tener una forma porque de lo contrario no sería lo que tú crees que es? Pues bien, esa tarea era justo la indicada para alguien como Manuel.

—¡Jabón! ¡Lo tengo, por fin lo tengo! —exclamó Manuel, ya convertido en un adulto.

—¿De qué hablas? —le preguntó su compañero de proyectos.

—De mi cambio, desde luego —respondió.

Seguramente su compañero no le entendió muy bien en ese momento, pero Manuel por fin lo tenía. Desde

luego, ya no era más un niño; pero haber dejado de serlo le habría posibilitado adquirir más conocimientos sobre la química. Se había dedicado a esa disciplina y, entre tantos proyectos que habían ocupado a su mente, por fin tenía una meta clara.

Jabón era lo que Manuel haría con la miel. Reunió a la comunidad para mostrarles a todos su idea, entre ellos se encontraba Juan, y feliz con todo lo que había llevado Manuel para mostrar, intentó ayudarlo con su producto acercándolo a la comunidad. Esa es, ciertamente, la otra mitad del trabajo por hacer. Cuando se tiene la idea, se trabaja en ella y después se perfecciona, y era justo esa la colaboración que Juan prestaba. Junto con Manuel comenzaron, entonces, a trabajar con su producto en una comunidad unida y próspera.



En palabras sencillas, el proceso consistía en mezclar cada uno de los ingredientes que Manuel había aprendido de memoria. Cuando la mezcla tenía la consistencia deseada y tuviese la temperatura adecuada, la vertería en los moldes con los que obtendría pequeños cubitos de jabón. Suena muy sencillo, y hasta divertido si lo explicamos así, pero para Manuel era un proceso industrial, a tal punto que la diversión se había esfumado hace mucho. Eso no quiere decir que no disfrutara de lo que hacía; pero no se trataba más de un ejercicio de prueba, sino de exactitud.

Con todo lo que te he contado, apreciado lector, olvidé mencionar que lo único que le alegraba a Manuel no era solo el que su producto (al cual se había dedicado por años) hubiese funcionado; también sentía regocijo por el hecho de que Juan ayudara con la comunidad y

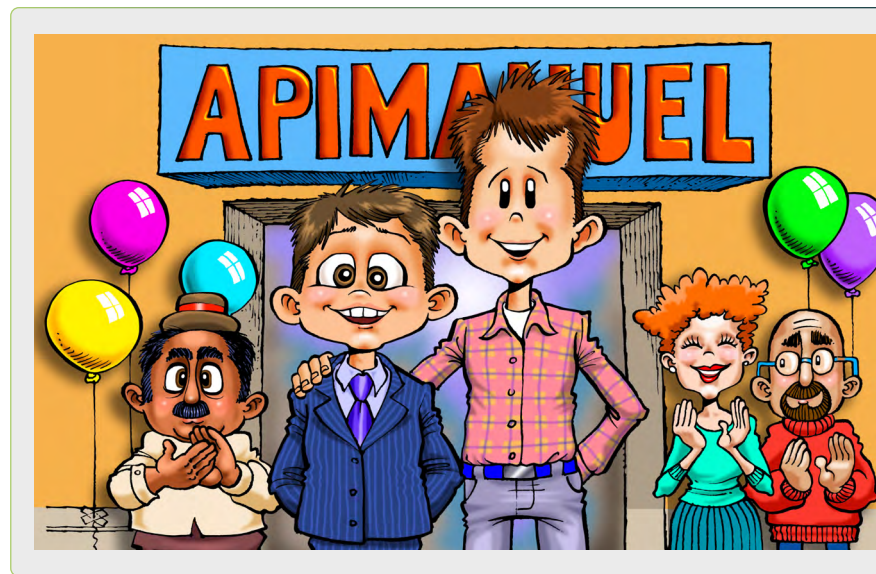
todos empezaran a valorar su trabajo. Lo consideraron un magnífico proyecto innovador. Además, Apiguavio prestó su ayuda en el proyecto. Todo se había conjugado para hacer que Manuel por fin consiguiera lo que deseaba. La idea de negocios verdes permitió que se pudieran fabricar, como productos finales, dos tipos de jabón: en barra y líquido.

Manuel recibió un importante premio: la comunidad galardonó al inventor con el premio Bochica, la mayor condecoración que el pueblo otorgaba a la persona noble y valiente que, con su sapiencia y valor, hacía del pueblo un lugar más próspero, tal y como se había hecho por tradición desde tiempos inmemoriales. No era un día de fiesta nacional, pues esto no sucedía cada año ni se recordaría para siempre en el resto del mundo, pero para Manuel era un día muy



importante; significaba más de lo que creían todos. Para “Apimanuel”, como comenzaron a llamarlo, ese galardón había significado días de estudio, práctica, compromiso, creatividad, ingenio y, sobre todo, trabajo. Pero había un elemento adicional que lo entusiasmaba: haber beneficiado a la comunidad, esto es, haber ayudado y trabajado con ella. En la celebración, todos estaban maravillados con los productos y, por supuesto, no podían dejar de felicitar al gran Apimanuel. Juan estaba especialmente feliz, pues había contribuido lo suficiente como para hacer que su amigo se sintiera orgulloso de sí mismo y de lo que había hecho por los demás.

Después de todo lo que había visto en la fiesta de homenaje a Manuel, Juan tomó una decisión: hacer que se conociera mucho más el producto y que, a



causa de ello, otras personas en el Guavio siguieran el ejemplo de Manuel y buscaran objetos que pudieran transformar. Habiéndose involucrado a tal punto con el



proyecto de Manuel, que en este punto ya se había convertido en Apimanuel, ya lo consideraba un amigo y, por lo mismo, debía ayudarlo mucho más.

Al viajar por la región del Guavio, Juan preguntaba a todos en el pueblo donde se encontrara si sabían de los nuevos jabones y, sobre todo, del potencial que tenían por ser productos basados en un elemento natural que formaba parte de su entorno. Hacía mucho énfasis en inculcar a las personas que podían construir, edificar y sostener proyectos novedosos solo con esforzarse lo suficiente, y sobre todo, con permanecer atentos a lo que había a su alrededor, pues, querido lector, al fin de cuentas se encontraban en el Guavio. No era cualquier lugar, era tierra fértil con gente comprometida y encantadora; eran atardeceres de

magia y días de encanto natural. Era, como decía el abuelo, la tierra por la cual Sugunsua habría matado para darle a su pueblo.





Juan estaba centrado en hablar sobre las maravillosas cualidades del lugar y el gran esfuerzo que por él hacían personas como Manuel, precisamente porque deseaba que las personas que vivían allí vieran en su propio universo, en aquel lugar más cercano, oportunidades para surgir, innovar, crear y mantener. No necesitaban ir a otro lugar por empleos que no requerían gran esfuerzo de su parte, ni debían ir a otros lugares a ganar poco dinero y ser infelices sin razón; por el contrario, lo tenían todo en su tierra.

Algunos días después de la celebración, Manuel regresó a casa de sus padres para comentar con sus familiares la maravillosa noticia de los jabones de miel, pero —presta especial atención en este punto, apreciado lector— tropezó con un panal que se hallaba en el piso. ¿Recuerdas que al iniciar esta



historia te hablaba de las ideas vagas, viejas y sin mayor medida? Olvidé mencionar que además de esas ideas, el destino juega pasadas curiosas de vez



en cuando; encontrar un panal hizo que Manuel se interesara en las abejas y dedicara años y vida a sus estudios y descubrimientos... y bueno, aquí estaba de nuevo un panal.

Pasaron varias cosas por la mente de Manuel al ver el panal: por un lado, había sido muy afortunado al encontrarlo, pues había dedicado sus mejores días a las abejas; y por otro, había sido muy afortunado de ser él, Manuel, un niño curioso, creativo e inteligente; una persona que amaba las oportunidades que se le

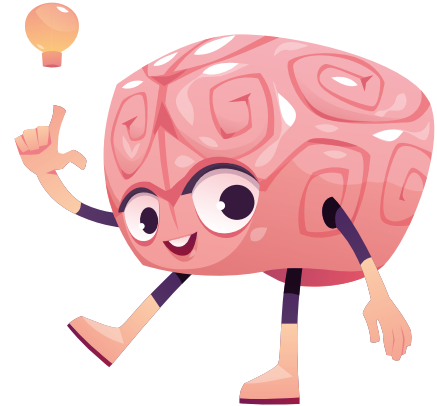
atravesaran, aun cuando se disfrazaran de panales de abejas; y que lo haría todo para que su pueblo fuese próspero, solo con la voluntad de conseguirlo. Antes de que su cabeza empezara a ocuparse en otros pensamientos —por ejemplo, en cómo les contaría su aventura a sus padres—, Manuel no pudo evitar alegrarse de no haber prestado atención a ideas viejas y llenas de cadenas. Agradeció como nunca tener seis pequeños cubitos de jabón de miel en la bolsa que llevaba, que no habrían podido existir sin él.

Fin



Glosario

- **Bachué:** diosa muisca, conocida como “Madre Abuela”. Con su grito se crearon los dioses, la luz y las plantas.
- **Muiscas:** pueblo indígena de procedencia centro y suramericana. También se llama *chibcha* a este grupo.
- **Apicultura:** técnica de cría de abejas para la obtención de miel, jalea real y cera.
- **Yateí:** tipo de abeja sin aguijón, propia de América Central y del Sur.
- **Experimentar:** probar e indagar las propiedades de algo.
- **Transformación:** procedimiento en que algo se modifica o cambia.
- **Sapiencia:** conocimiento o sabiduría.
- **Sugunsua:** término que alude al dios muisca Bochica, que enseñó a hilar, tejer y principios morales a su pueblo.





Ruta Agroecológica



Guavio, 8:30 a. m.

Mientras la brisa tocaba con suavidad los pedazos de hierba en el piso, las hojas de los árboles, las flores de los arbustos y los ventanales de la finca de Alicia, ella se levantaba sonriente. Pero “levantarse” era solo un decir, en realidad, Alicia solía despertar a las 5 de la mañana para ayudar a regar los cultivos que no podían rociarse más tarde. Su madre había organizado así sus horarios y, después de tanto tiempo, ya no lograba levantarse más tarde. A las 8:30 ya había terminado sus deberes y podía salir a disfrutar de la mañana.

Alicia siempre iba a acompañar a los animales y les daba de comer a todos. Ella no consideraba tediosa esa labor y, por ende, no la consideraba parte de sus deberes diarios —aunque lo fuera—, sino de lo que quería y disfrutaba. Después de eso,

y dependiendo de si había escuela o no, tomaba un par de frutas y preparaba un jugo para que le acompañara durante su recorrido por los alrededores.





Cerca de la finca de sus padres, Alicia tenía un pequeño estanque adornado con matorrales sembrados por su padre, que era experto en jardinería y disfrutaba incorporarse en ellos como un conejillo escondido.

Alicia siempre había sido una niña inteligente y despierta ante todo lo que pasaba a su alrededor. No podía imaginarse en otro lugar, en otro tiempo o con otras personas. Su universo giraba en torno a esa finca y no podía evitar sentirse afortunada de vivir en ella. Al regresar a su casa y dirigirse a su habitación, oyó la voz de su madre que la llamaba desde la cocina.

—Ya voy, mami —respondió Alicia.

—Hija, queremos contarle algo importante —dijo su madre—. Creemos que es hora de añadir a sus tareas más responsabilidad. Mijita, usted sabe que debemos

hacer muchas cosas para poder sostener la finca. No es fácil mantener todo lo que tenemos, y por eso mismo hemos vinculado nuestra finca a la ruta agroecológica.

—¿Ruta qué? No entiendo, mami. ¿Eso qué significa?
—preguntó la dulce niña.

—Mijita —dijo la madre—, hay una nueva propuesta: resulta que se desea recuperar el municipio, es decir, se desea empoderarlo, darle más valor, ¿me entiende? Bueno, pues es una estrategia maravillosa para nosotros, pero también para otras personas. En ciudades grandes, las personas a veces desean viajar para despejarse de todas sus actividades diarias, muchas veces no saben a dónde ir, no encuentran experiencias llamativas y nuevas, y en eso justamente podemos ayudarles.



—¿Cómo? —preguntó Alicia.

—Mija, pues ofreciendo nuestras fincas, cultivos y animales, y por supuesto, buen trato —respondió la madre—. Queremos idear nuevas estrategias económicas para el municipio, y qué mejor manera de hacerlo que traer más personas para que lo conozcan y se alejen de la cotidianidad y estrés de las grandes ciudades.

Alicia hizo algunas preguntas más a su madre, quien le contó que la ruta agroecológica había sido una propuesta encaminada a potencializar el territorio, buscar alternativas sostenibles y amigables, e incentivar así el sentido de pertenencia en los niños y jóvenes de la región. El proyecto había podido realizarse a través de trabajos cartográficos realizados por los



propietarios de las fincas junto con estudiantes universitarios, hasta que se obtuvo un diseño de la ruta que se haría y una lista de los servicios que llegarían



a prestarse. La ruta estaría comprendida por la Vereda La Requilina y varios lugares en contacto directo con la naturaleza y el agua.

—¿Cómo hicieron el proyecto, mamá? —preguntó Alicia, insistente.

Su madre le explicó que habían conformado un conjunto de jóvenes líderes agroecológicos enfocados, sobre todo, en la preservación del agua, y finalmente habían puesto en marcha su proyecto. Le comentó, además, que en la ruta las personas verían ganado, cultivos, recuperación de saberes ancestrales, artesanías y talleres de concientización ambiental.

—¡Vaya! ¿Y yo por qué nunca supe nada? —preguntó Alicia, un poco disgustada.

—Mijita, porque usted es muy chiquita todavía —respondió su madre con ternura—, y no podía ayudar tanto en esas cosas. Pero tranquila; más adelante la veré participar en todo eso, estoy segura.

La madre de Alicia continuó explicando el tema de la ruta, las fincas y las personas que venían por turismo. Le explicó a Alicia que la ruta empezó a funcionar para colegios, universidades e instituciones distritales, nacionales e internacionales, y cada vez tomaba más poder y forma. Todos en el municipio aportaban desde territorio hasta conocimiento para el proyecto, hecho que se reflejaba en la disposición y las ganas de regresar al lugar que mostraban las personas que hacían la ruta agroecológica.



Bogotá, 5:30 p. m.

Victoria revisó toda la página web de la ruta agroecológica y no pudo evitar pensar en sus estudiantes. Por supuesto, sería una experiencia maravillosa que les permitiría conectarse con algo real y, sobre todo, que les permitiría conocer lo que les pertenecía y lo que formaba parte de ellos.

—Puede ser que les agrade ir —pensó—, pero... ¿qué tal que no sea lo que esperaba y pierda el tiempo llevando a tantos jóvenes?

Victoria hizo clic en “Reservar”, se aseguró de llenar el formulario de inscripción a la perfección y, justo después, se dijo a sí misma que sería una maravillosa experiencia el salir de una ciudad que en ocasiones

carecía de naturaleza y libertad; que en ocasiones colapsa y se congestiona con personas ocupadas y estresadas por el hecho de vivir sin sentir.

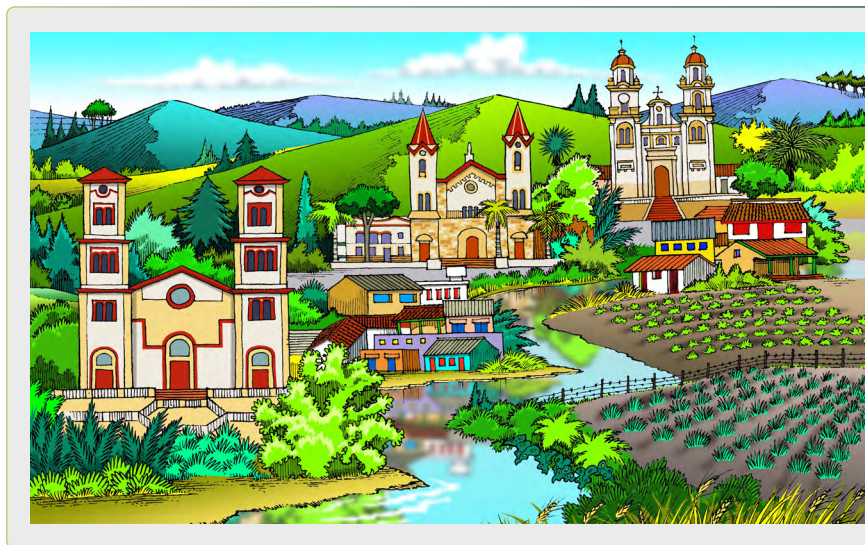




—No quiero llenarme de sensaciones negativas antes de conocer el lugar, pero supongo que no habrá buena señal y hay mucho trabajo por adelantar el fin de semana. ¿Qué tal si no voy? ¿Qué tal si decido llevar a mis estudiantes a ese sitio y no me preocupo por conocer más sobre el lugar? —le preguntó Victoria al reflejo de su computador.

Victoria miró hacía la ventana. Lo que más le había gustado siempre de su apartamento era su maravillosa vista, que se enfocaba en los edificios gigantes y luces que iluminaban por sí mismas el apartamento; en gran medida, ese era un factor que consideraba beneficioso para su economía personal. Sin embargo, la imagen que vio fue la de una ciudad agotada y triste, quizá por la lluvia, y desolada no de personas, sino de sentimientos agradables. —Supongo que lo necesito —se dijo a sí misma, convencida y complaciente.

Victoria alistó su maleta en menos de media hora, revisó la pantalla de su computador, suspiró y pensó que sería la mejor experiencia de su vida. “Intuición” suelen decir, y podría ser que no se equivocara.





Victoria debía estar a las 5:10 a. m. en el lugar donde la recogerían a ella y a las demás personas que harían la ruta agroecológica. A las 4:50 a.m. ya había llegado; estaba tan ansiosa por conocer aquella imagen que de alguna manera había logrado hipnotizarla y que, de seguro, tendría el mismo efecto en sus estudiantes, que llegó más temprano de lo necesario. Al terminar el recorrido en autobús, Victoria sentía que sus expectativas se habían cumplido. El lugar era hermoso. Lo que más le gustaba era el hecho de que, aun sin haber empezado la ruta, sentía que había tomado una maravillosa decisión.

—Mucho gusto, soy Andrea —dijo una mujer que araba la tierra en la parte de cultivos.

—Soy Victoria. También es un gusto conocerte. Créame, no había tenido la oportunidad de tener contacto

cercano con cultivos y cosechas. He viajado varias veces, pero los viajes suelen ser de descanso y no de exploración, o por lo menos nada como esto —dijo Victoria, algo confundida.





—No te asustes, Victoria —respondió Andrea con tono dulce y agradable—. Acá deseamos que ustedes formen parte del trabajo diario del lugar. Las cosechas son un tema importante para nosotros. Las personas que viven en ciudades como la tuya olvidan de dónde viene todo lo que conocen; olvidan que su alimento no está en los supermercados porque sí, sino que viene de la tierra. Pero descuida, nos pasa muy seguido.

—Bueno... —se excusó Victoria— Cómo te digo... No soy de viajar a este tipo de lugares y hacer este tipo de cosas. Perdona si no lo hago bien al principio. ¿Sabes? Soy maestra, enseño a niños de primaria y la verdad es que estaba en busca de una salida pedagógica con ellos. Siempre intento que conozcan lo que no podrían luego, que investiguen y descubran

otras opciones y otros escenarios. Por fortuna encontré este lugar y espero que me guste lo suficiente como para traerlos.

—De seguro será así —apuntó Andrea con propiedad.

Victoria se llenaba cada vez más de motivos para invitar a sus estudiantes a la ruta agroecológica. Ella llevaba consigo una libreta pequeña en la que anotaba los detalles que la hacían querer seguir descubriendo más al respecto. Era una maestra curiosa y entregada a su labor, por lo que pensaba que si llevaba a sus niños y jóvenes, seguramente tendrían muchas preguntas para ella y, con los apuntes que había tomado, estaría preparada para responderlas. Había llenado catorce de sus hojas con solo temas por investigar y preguntas



por resolver; pero lo más curioso de todo era que, aun sin haber llegado la hora del almuerzo, había acaparado de preguntas su libreta. En definitiva, llevaría a sus estudiantes a conocer el lugar.

Al llegar el momento de almorzar, Victoria se sentó en una mesa del centro del restaurante y, mientras esperaba que la atendieran, pensó en qué platillo pedir. De repente, alguien tocó su hombro; se trataba del dependiente del restaurante. Con actitud tierna y amigable, le dijo a Victoria que había llegado en buena temporada. Los cultivos habían dado cosechas maravillosas y la calidad de la comida había mejorado de forma considerable.

—Bueno, no es que menosprecie sus cultivos —lo interrumpió Victoria, con miedo a la reacción del

hombre—, pero eso no es cosa de la tierra; es cosa suya. Usted los cocina, ¿verdad? Entonces es su sazón la que hace de la comida mejor.





—No es así, señorita —respondió el hombre, a la espera de tomar el pedido—. Resulta que nuestra sazón es la misma todos los días del año. Sin embargo, hay temporadas de temporadas; hay días en que es mejor una cosa que la otra, y otros en que escasean los productos. Hoy, por ejemplo, es buena época; por eso le aseguro que le encantará la comida. Llegó a buena hora.

—Entiendo. Bueno, siendo así, tiene usted toda la razón. Si he llegado a buena hora, entonces desearía que usted me aconseje qué pedir. Quiero aquello que para ustedes se encuentre en su mejor época, como usted dice —contestó Victoria, entusiasmada por la respuesta del hombre.

Don Elías, el dependiente del restaurante, que resultó ser el hombre más gentil y dulce de todos, le recomendó

a Victoria que visitara la zona central del pueblo en el tiempo que tenían de descanso y almuerzo dentro del grupo que estaba haciendo la ruta agroecológica. Pero Victoria se demoró tanto en el restaurante que, al salir de él, el guía le dijo que era tiempo de regresar y todos se subieron de inmediato. Mientras pensaba sobre la recomendación de don Elías, escuchó una excelente noticia.

—Ya que estamos por acá, vamos a recorrer la zona central del pueblo —dijo el guía principal—. Allí podrán revisar algunas tiendas de comida artesanal y tradicional. Si lo desean podemos ir en grupo, aunque yo les recomiendo que lo recorran ustedes solos, de tal manera que cada uno revise los productos que más llamen su atención por el tiempo que lo desee.



Todos estuvieron de acuerdo en recorrer el lugar de manera individual. Sin embargo, estarían muy cerca de los guías en caso de que necesitaran consejo o explicación.

—Antes de que empiecen su recorrido —prosiguió el guía principal—, les aconsejo visitar las tiendas de doña Carmen, que vende los mejores chorizos y cuajadas de la zona, y de doña Teresa, que vende las mejores arepas. Si desean comprar comida para llevar a sus casas, deben dirigirse allá.

Al entrar en la tienda de doña Carmen, Victoria sintió la necesidad de tomar todo lo que se encontraba allí. Además, iba acompañada de uno de los guías, mientras ella le preguntaba por cada alimento, él le

describía el proceso que involucraba su producción y cómo se podía llegar a hacer algo parecido.





Después del recorrido por el centro, continuaron hacia la vereda. Tuvieron mucha suerte: una vez allí, vieron un par de osos de anteojos que cruzaban de lejos, con lo que trataron de guardar la calma para no asustarlos.

El recorrido aún no terminaba. Victoria se sorprendía cada vez más por lo que veía, escuchaba y sentía; y mucho más cuando, junto con los demás integrantes del grupo, vieron, y esta vez más de cerca, un venado de cola blanca, animal único en Colombia según la explicación del guía. Después, otro guía condujo al grupo a las fincas cercanas, donde les enseñaron a los turistas cómo se cultivaba en épocas pasadas.

Cuando Victoria supo que harían charlas sobre cómo se debía cultivar, pensó que la parte entretenida del viaje había terminado. Pero al escuchar sobre la

riqueza y el amor que los habitantes de la región sentían por su tierra, no pudo evitar sentir que era afortunada solo por tener la posibilidad de escuchar. Los expositores empezaron por contar al grupo que los muiscas cultivaban principalmente algodón, yuca, batata, coca y calabaza. Dijeron, además, que uno de sus sistemas de cultivo era el uso de terrazas, es decir, escalones donde se sembraba utilizando toda la tierra por secciones; y también utilizaban sistemas de riego en forma de canales donde se posaba el agua, con lo que se mantenía húmedo el suelo. Luego, invitaron a los turistas, Victoria incluida, a arar la tierra y hacer canales, con lo que todos se sintieron emocionados y divertidos. Victoria siguió caminando con el sonido de la naturaleza y cada vez se convencía más de que debía llevar allí no solo a sus estudiantes, sino también a su familia.



Una vez terminado el recorrido, el grupo que venía con Victoria fue llevado a la quebrada para el último taller de concientización. Después de todo el recorrido,

Victoria entendió a la perfección por qué eran tan insistentes con lo que les pertenecía a todos, pero no era cuidado por ninguno: la ruta se enfocaba, en consonancia con esa visión, en el aprovechamiento justo de los recursos naturales.

Al final del día, todos los anfitriones de la ruta agroecológica se despidieron de los turistas agradeciéndoles por haberlos escuchado y, sobre todo, por valorar sus costumbres, creencias y territorio. Habían pasado por los baños saludables en los termales a la orilla del río Gachetá, por los parques de Chingaza y, sobre todo, habían podido darse cuenta de la riqueza hídrica del lugar: páramos, termales, ríos, lagos, cada lugar más bello que el anterior; era un paraíso espectacular. Sin duda, Victoria había podido eliminar de su fin



de semana el estrés que conlleva estar en contacto con ciudades caóticas y estresantes, centradas en la individualidad y el trabajo, y sin mayor motivación. Se dio cuenta de que, aun cuando no hubiese sido un

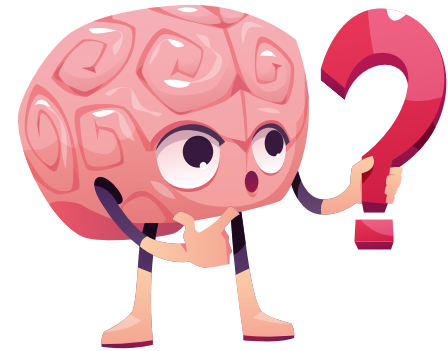
viaje muy prolongado ni a tierras muy lejanas, había aprendido a estar en contacto consigo misma; era eso lo que necesitaba para enseñárselo a los demás. Pronto regresaría a esta maravillosa ruta agroecológica.

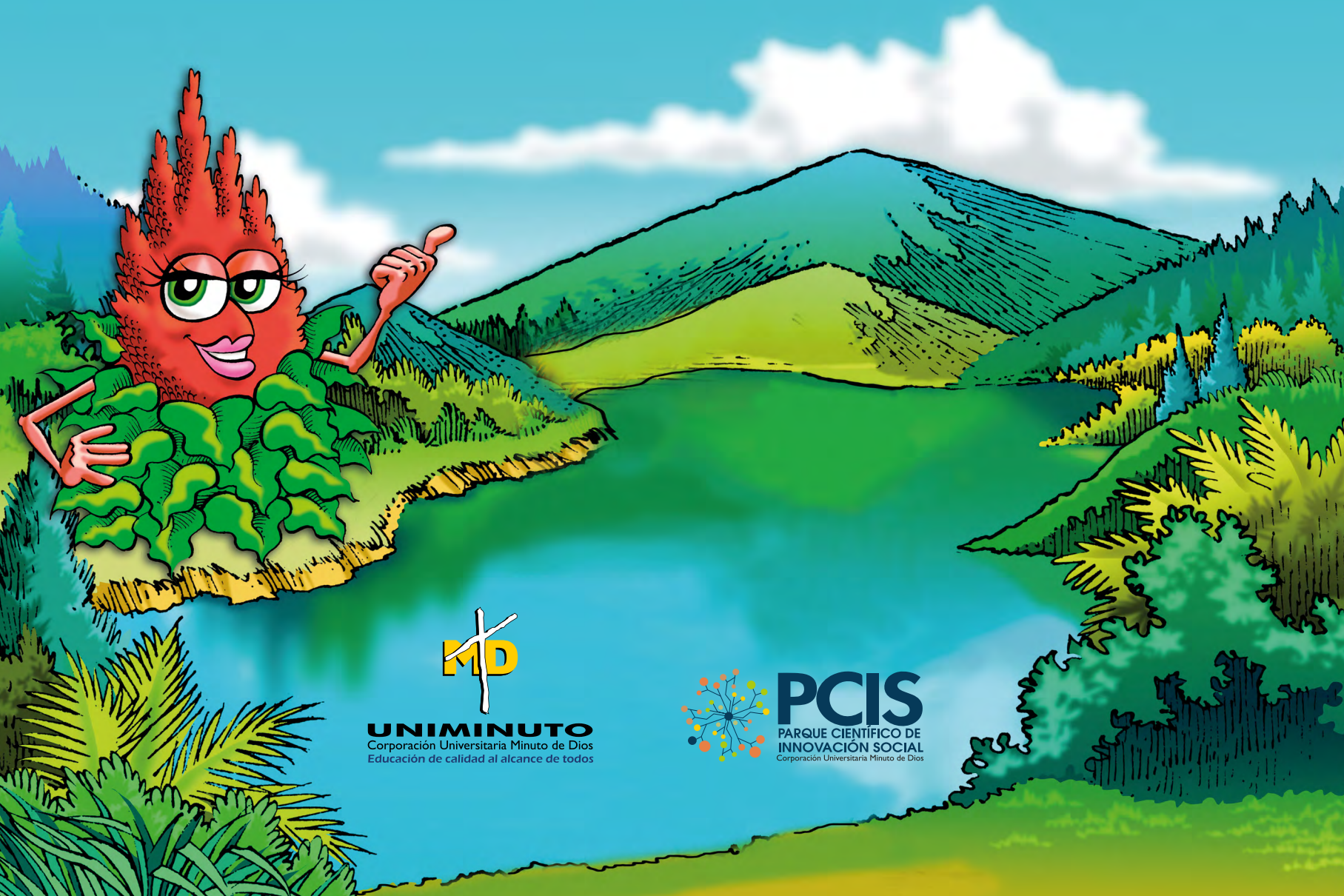
Fin



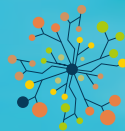
Glosario

- **Arar:** hacer caminos en la tierra para depositar las semillas.
- **Comida artesanal:** alimento de alta calidad elaborado con las manos, sin ayuda de máquinas.
- **Cuajada:** producto que se elabora con leche fermentada.
- **Termales:** aguas que brotan de un manantial a altas temperaturas.
- **Cartográficos:** con medidas y datos de las regiones.





UNIMINUTO
Corporación Universitaria Minuto de Dios
Educación de calidad al alcance de todos



PCIS
PARQUE CIENTÍFICO DE
INNOVACIÓN SOCIAL
Corporación Universitaria Minuto de Dios